Semana 1 Término 2, Lunes

Marco Polo de Venecia

Ya desde niño, Marco Polo sabía cuál era su vocación. Su anhelo era llegar a ser un mercader de Venecia como su padre Nicolás que desde hacía muchos años había emprendido un viaje al Oriente.

No es de extrañar, pues, que Marco corriera al muelle cada vez que atracaba una nave. Con sus ojos cafés llenos de ansiedad escudriñaba los rostros de los hombres que se acercaban mientras se preguntaba: "¿Será este navío donde regresan mi padre y mi tío de las tierras extrañas?"

Con frecuencia lograba conversar con los capitanes y les preguntaba por su padre.

-No- le respondían-, el mercader Nicolás y su hermano Mateo no han regresado.

Parecía una tontería que Marco hiciera semejante pregunta después de tanto tiempo.

Pero Marco no perdía la esperanza. Es posible que fuera iluso, pero también era orgulloso. Sentía el orgullo de que su padre y su tío fueran mercaderes de Venecia. Esto, hace 700 años, era motivo suficiente para enorgullecer a cualquier muchacho. En esa época, Venecia era la reina del Adriático y sus mercaderes la colmaban de fama y de riquezas.

Era posible que Nicolás Polo hubiera ido hasta el fin del mundo, pero Marco estaba seguro de que regresaría. Mientras esperaba se dedicó a estudiar aritmética, y aprendió a leer y a escribir.

Marco, desde que empezó a hablar, había practicado el arte del comercio con sus amigos cambiándoles una canica por un juguete, una navaja por un anillo, etcétera. Se preparaba para que cuando Nicolás Polo llegara, encontrase a su hijo convertido en un consumado mercader.

Un joven mercader

Cuando al fin llegaron el padre y el tío de Marco, éste era ya un muchacho de quince años. Marco, sentado a sus pies, les hacía interminables preguntas. ¿Dónde habían estado? ¿Qué habían visto? ¿Lo dejarían acompañarlos en el siguiente viaje?

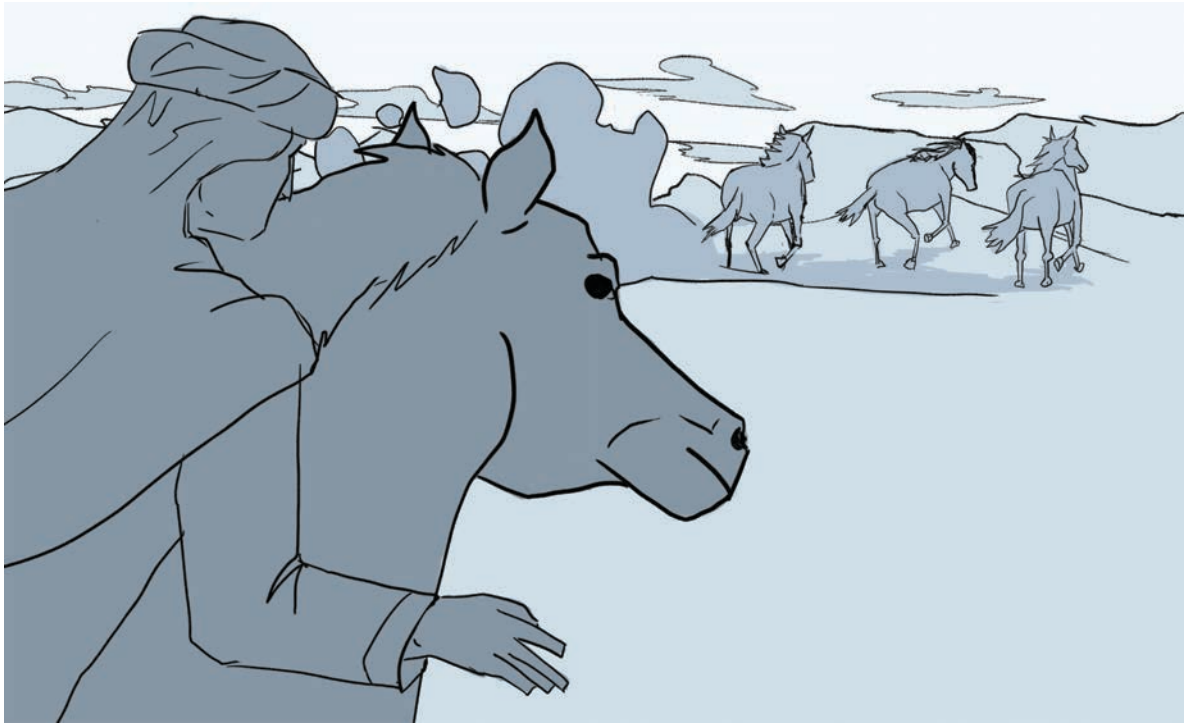
Sí, casi habían llegado hasta el fin del mundo. Habían estado en Catay, que era el nombre de China en esa época, en la corte del gran emperador Kublai Kan. ¡Cuánta maravilla habían visto! Todo eso lo vería Marco –le dijeron- si podía comprobar su pericia como mercader.

Marco quedó perplejo al ver las riquezas que habían llevado a su casa. Abrió cofres de marfil, acarició las sedas y los brocados, aspiró el olor de las especias y admiró las joyas dignas de reyes. Eso le hizo sentir más vehemente su deseo de ser mercader.

Marco tenía muchas cosas que aprender. Había que saber pesar y aquilatar los diamantes y los rubíes. Debía conocer las distintas variedades de perlas, las blancas, las negras o las rosadas. Era forzoso que supiera dar su valor a las telas de algodón, damasco, o seda, y que supiese diferenciar los valores de las monedas de cobre, de plata y de oro.

Después de dos años de permanecer en Venecia, los señores Polo consideraron que ya era tiempo de regresar a la corte del Gran Kan y para regocijo de Marco decidieron llevarlo con ellos.

Al deslizarse sobre la laguna, Marco clavaba sus ojos en los campanarios de Venecia. Con la mano se despidió de las cúpulas doradas de la iglesia de San Marcos. Al fin, en el año de 1271, salía rumbo a las misteriosas tierras del Oriente.



Los bandoleros

Cuando los Polo llegaros a la cuidad de Acre, en la costa este del Mediterráneo, abandonaron la nave y se unieron a una caravana de mercaderes. En ese lugar sólo se podía viajar en grandes grupos protegidos por guardias armados.

Marco pronto se acostumbró a montar caballos, mulas y camellos y a considerarlos como parte de sí mismo. Marco se divertía mucho con la gente que conocía y sin temor alguno contemplaba los rostros de los negros. La caravana, en la que iban turcos, egipcios, persas y mongoles, cruzaba fatigantes desiertos y trepaba escarpadas montañas en su viaje hacia Persia. Alrededor de las hogueras que iluminaban la noche, en la región de Kermán, Marco oyó hablar de las tribus de bandoleros que usaban la magia negrea para apagar el sol,* y que estaban integradas por centenares y, a veces, por millares de hombres. Muy pocas caravanas lograban escapar de esos temibles bandoleros.

Como el padre de Marco y su tío ya habían recorrido ese trayecto, no estaban desprevenidos un mediodía en que una densa nube obscureció el sol. Los bandoleros atacaron con gritos feroces y salvajes. Mataron a los ancianos y secuestraron a las mujeres y a los jóvenes para venderlos como esclavos.

Los tres Polo, en medio del desorden y de la confusión, lograron galopar con sus caballos y sus animales de carga hasta el pueblo de donde habían partido, llamaron a la única puerta que había en la muralla de barro, y una vez adentro estuvieron a salvo.

En un castillo situado en lo alto del lugar esperaron hasta que llegó otra caravana a la que se unieron, reemprendiendo, así, el lago viaje a Catay.

*Según versiones posteriores de otros viajeros, en esa región hay tormentas de polvo que obscurecen el sol. Posiblemente los bandoleros las aprovechaban para atacar